



## HALLAZGO DE VALLEJO

---

Jesus Serra

---

*¡Señores! Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la presencia de la vida. ¡Señores! Ruego a ustedes dejarme libre un momento para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por la primera vez, me extasia y me hace dichoso hasta las lágrimas.*

*Mi gozo viene de lo inédito de mi emoción. Mi exultación viene de que antes no sentí la presencia de la vida. No la he sentido nunca. Miente quien diga que la he sentido. Miente y su mentira me hiere a tal punto que me haría desgraciado. Mi gozo viene de mi fe en este hallazgo personal de la vida, y nadie puede ir contra esta fe. Al que fuera, se le caería la lengua, se le caerían los huesos y correría el peligro de recoger otros, ajenos, para mantenerse de pie ante mis ojos.*

*Nunca, sino ahora, ha habido vida. Nunca, sino ahora, han pasado gentes. Nunca, sino ahora, ha habido casas y avenidas, aire y horizonte. Si viniese ahora mi amigo Peyriet, le diría que yo no le conozco y que debemos empezar de nuevo. ¿Cuándo, en efecto, le he conocido a mi amigo Peyret? Hoy sería la primera vez que nos conocemos. Le diría que se vaya y regrese y entre a verme, como si no me conociera, es decir, por la primera vez.*

*Ahora yo no conozco a nadie ni nada. Me advierto en un país extraño, en el que todo cobra relieve de nacimiento, luz de epifanía inmarcesible. No, señor. No hable usted a ese caballero. Usted no lo conoce y le sorprendería tan inopida parla. No ponga usted el pie sobre esa piedrecilla: quién sabe no es piedra y vaya usted a dar en el vacío. Sea usted precavido, puesto que estamos un mundo absolutamente desconocido.*

*¡Cuán poco tiempo he vivido! Mi nacimiento es tan reciente, que no hay unidad de medida para contar mi edad. ¡Si acabo de nacer! ¡Si aún no he vivido todavía! Señores: soy tan pequeñito, que el día apenas cabe en mí.*

*Nunca, sino ahora, oí el estruendo de los carros, que cargan piedras para una gran construcción del boulevard Haussmann. Nunca, sino ahora, avancé paralelamente a la primavera, diciéndola: «Si la muerte hubiera sido otra...» Nunca, sino ahora, vi la luz áurea del sol sobre las cúpulas del Sacré-Coeur. Nunca, sino ahora, se me acercó un niño y me miró hondamente con su boca. Nunca, sino ahora, supe que existía una puerta, otra puerta y el canto cordial de las distancias.*

*¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte.*

**César Vallejo.**

Me recuerdo en este instante acostado en una hamaca y bajo frondosos árboles de aguacates y tamarindos, en absoluto mediodía, en un amplio y hospitalario solar marcado por un tiempo de infancia, justo en pleno centro de un pueblo yaracuyano, de tierras extraordinariamente fértiles, de calles solitarias, de casas esplendorosamente encaladas y de niños descalzos y semi-desnudos que llevaban sobre sus cabezas ollas de peltres con conservas de toronjas y arepas para las pulperías. Miro, sin ninguna prisa y

con deleite infinito, la abundosa copa de un viejo aguacate y sobre una de sus ramas un pajarito azul, semejante a una reinita, que sacude sus alas recién mojadas en la angosta y transparente corriente de aguas que surcaba, con rigurosa lentitud, de este a oeste, el ensombrecido patio. El sol castigaba airadamente todo lo existente y entonces los animales buscan los refugios donde la sombra erija generosos dominios. Contemplo, callado y jubiloso, la limitada y vibrante totalidad del pajarito y mis ojos intensos, a causa de la estallante proximidad, pueden perfectamente detallar el color de sus ojitos, la irregular forma de su pico y sobre todo sus alas maltratadas y descoloridas, y entonces pienso: cuántos vuelos habrá realizado entre los límites de este espacio cálido y brillante, con cuántas ramas habrá chocado en sus innumerables viajes para la indispensable subsistencia y de cuántas piedras lanzadas por los niños del pueblo —tan diestros en el manejo de las fondas— habrá escapado. Siempre de lejos los pájaros se observan íntegros en sus colores, pero cuando nos acercamos, muestran con una visibilidad terrible los golpes del mundo sobre sus cuerpos palpitantes.

De pronto y sin poder saber por qué el pajarito emprende el vuelo y todo vuelve a estar en impecable silencio. Regreso entonces de nuevo a los versos de César Vallejo, a continuar mi diálogo íntimo con el universo poético de uno de los poetas más perdurables de nuestro continente. Poeta que bajó hasta sus pozos más profundos y crepitantes y encontró milenarias perlas de lo humano. Poeta que estableció vigorosas arterias con el abigarrado mundo de las palabras, hasta aniquilar fronteras y ser junto con el lenguaje un único y luminoso cuerpo frente al tiempo. Poeta que ejerció la humildad con tanto resplandor, sin la más elemental pose, estruendosamente puro como las hierbas de los campos y con una voz tan definida que manaba de su alma limpia y sensitiva, destinada a tejer con maestría innegable las más densas visiones sobre el mundo y los hombres.

De todos los pueblos de la tierra elijo este pueblo yaracuyano (San Pablo), donde mi alma creció al amparo de diarias y penetrantes claridades y noches íntegras, con cielos descubiertos y lunas imponentes, y allí en tan amado espacio me vuelco una vez más sobre estos despojos de alma que son los versos de Vallejo. No hay lugar más oportuno que éste para sentir la firme poesía de este Vallejo universal, quien nunca evadió los temas cotidianos de la vida, sino que por el contrario supo afianzar su poética en los afectos comunes de la gente, con hermosa y radiante fuerza verbal, convirtiéndose en uno de los poetas más humanos, sin que con ello significara un desmedro en la calidad literaria de sus versos.

Con los versos de Vallejo mi condición lectora alcanza supremos niveles de júbilo. Me sucede lo mismo que con los textos del novelista checo Franz Kafka, con los versos del poeta portugués Fernando Pessoa y por supuesto que con los textos de Rainer María Rilke. Para mi mundo interior son mis consecuentes hermanos. Con sus obras ejemplares se ilumina mi vida. De ellos han venido mis mejores instantes existenciales. Y con ellos avanzo definitivamente fortalecido por entre los variados y enigmáticos senderos del planeta.

El presente trabajo, uno más sobre la obra poética de César Vallejo, consiste en recrear con la mayor intensidad las distintas impresiones que generan en mi sensibilidad el texto en prosa: «Hallazgo de la vida», correspondiente a su libro póstumo **Poemas en prosa**. Sobre este texto, de una riqueza semántica extraordinaria, he concentrado mi atención muchas veces y el resultado siempre ha sido el mismo: es un texto huidizo, cuyos múltiples sentidos jamás se entregan a la comprensión definitiva. Mas debo confesar que su lectura exalta mi aventura crítica y algo más: mueve con marcada intensidad mi profundidad humana y me impulsa a revisar mis cosmovisiones íntimas. Creo finalmente, y en esto escucho las sabias palabras del Maestro Dámaso Alonso, que la verdadera obra literaria nunca entrega sus sentidos definitivos y justamente en ello radica su validez y permanencia.

Comienza el texto vallejiano con un vocativo «¡Señores!», cuya significación es de singular importancia y ciertamente, como lo veremos en el transcurso del presente trabajo, asigna una determinación al sentido general del poema. Pero lo que de inmediato se advierte con este término es que la primera persona protagonista del poema, quiere llamar vehementemente la atención de un público circundante, obviamente interesado por las palabras del discurso anunciado. Se trata de un auditorio invisible para el lector, pero de un destacado peso para el sujeto hablante en el texto. Evidentemente que el vocativo señalado predispone a pensar sobre la trascendencia del siguiente mensaje. Y sin lugar a dudas lo que entonces se dice resulta fundamental, veámos lo que se expresa: «Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la vida». Aparentemente esta declaración luce intrascendente, coloquial, sin la más mínima complejidad literaria, quizás hasta retórica. Sin embargo no es así. En el contexto de este singular texto vallejiano esta afirmación representa uno de los ejes temáticos sobre los cuales tan firmemente se erige la inteligente estructura del poema. A partir de la referida declaración se transmite al lector la idea de que algo extraordinario ha ocurrido al protagonista del poema. Lo que antes se ignoraba de pronto ha mostrado sus fulgores y en consecuencia sólo habrá espacio para el júbilo. Y es de tales proporciones la plenitud derivada del «hallazgo» que de inmediato se solicitará del auditorio presente la ausencia momentánea «para saborear este emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por la primera vez, me extasía y me hace dichoso hasta las lágrimas». Como bien puede apreciarse, sobre todo casi al final de la cita, el «hallazgo de la vida» coloca al hablante en una clara situación de éxtasis y de llanto. Y en este sentido se podría establecer un paralelo con la conducta mística. Para el místico hay situaciones de innegable carácter revelador, justamente cuando sucede el enfrentamiento desnudo con la instancia divina y se sella la inquebrantable unidad. Es un instante capital para la existencia del místico. Para el protagonista del texto de Vallejo el «hallazgo de la vida» constituye también un instante capital, definitivo y

anunciador de una transformación. Pero en el poema objeto de este abordamiento no es una instancia divina la que origina el estado de revelación, sino la cotidiana y circundante vida.

Se hace notorio en el texto de Vallejo la utilización de elementos de orden religioso. Observamos en primer lugar el empleo de un símbolo muy caro a la tradición católica como es el de la revelación y luego vemos en la segunda parte del texto el uso del término *fe*: «... Mi gozo viene de mi fe en este hallazgo personal de la vida, y nadie puede ir contra esta fe. Al que fuera, se le caería la lengua, se le caerían los huesos y correría el peligro de recoger otros, ajenos, para mantenerse de pie ante mis ojos». Pareciera lógico asombrarse frente a la determinación de Vallejo, un intelectual de reconocida trayectoria marxista, recurrir a unos elementos de señalada connotación religiosa, para la elaboración de un texto literario. Pero el procedimiento es perfectamente legítimo, pues los mencionados elementos pertenecen a una determinada tradición cultural como es la de occidente tan marcada por la religión católica y justamente donde creció el alma de Vallejo.

La idea de la iluminación de, tanta significación para el budismo-zen, cobra en la tercera parte del texto una distinguida presencia. Aquí se expresa: «Nunca, sino ahora, ha habido vida. Nunca, sino ahora, han pasado gentes. Nunca, sino ahora, ha habido casas y avenidas, aire y horizonte...» Pareciera entonces que todo lo circundante se mostrara por primera vez. Ocurre una especie de despertar ante una realidad ignorada. De esta relación directa con lo real surgirá inevitablemente un cambio en el ser que sufre la experiencia. Este fenómeno de orden religioso ha sido confrontado largamente por parte de quienes teorizan acerca del budismo, sobre todo por el japonés orientalista D. T. Tzuzuki, pero ha sido Krishnamurti quien le ha dado una versión que cuadra más con la intención de Vallejo. Para Krishnamurti, entre la realidad y el hombre, existe con frecuencia una relación artificiosa, por cuanto que siempre los condicionamientos psicológicos se

erigen en intermediarios muy poderosos que impiden el verdadero contacto con la realidad o mundo circundante. Cuando el hombre logra aniquilar esos condicionamientos comienza entonces la auténtica vida. De acuerdo con el texto de Vallejo antes no se sabía lo que era la vida, es decir que se vivía de espaldas a ella, pero de pronto el velo se ha corrido y la realidad: la ciudad y la gente., empiezan a mostrar sus escondidos y envolventes fulgores.

La instalación en esa nueva dimensión del vivir equivaldría a ubicarse en una realidad mágica, donde ocurren cosas extraordinarias. Así el sujeto hablante dirá: «Me advierto en un país extraño, en el que todo cobra relieve de nacimiento, luz de epifanía inmarcesible. No señor. No habla usted a ese caballero. Usted no lo conoce y le sorprendería tan inopinada parla. No ponga usted el pie sobre esa piedrecilla: quien sabe no es piedra y vaya usted a dar en el vacío. Sea usted precavido, puesto que estamos en un mundo desconocido». Se trata de un mundo donde todo es posible y en consecuencia diametralmente opuesto al mundo cotidiano donde nos desenvolvemos. Para Krishnamurti, el descubrimiento de la realidad, induce a la instalación en el ser humano de una plenitud que potencializará sus atributos esencialmente humanos. Llama la atención el empleo del término epifanía, de tanta significación para la religión cristiana y al respecto debe recordarse que la epifanía era la luz que anunciaba el lugar de nacimiento de Jesu-Cristo.

La metáfora del renacimiento se despliega de una manera muy significativa en el texto y es por ello que Vallejo expresa: «¡Cuán poco tiempo he vivido! Mi nacimiento es tan reciente, que no hay unidad de medida para contar mi edad. ¡Si acabo de nacer! ¡Si aún no he vivido todavía! ...» Se quiere señalar que la nueva visión de la vida ha determinado un tiempo nuevo, sin ninguna mancha del pasado, es decir un ser absolutamente nuevo.

Durante el desarrollo del texto la impresión que recibe el

lector es de que se trata de una experiencia límite, capaz de producir el cambio radical por su intensidad fáctica. Pero, es pura apariencia, todo ha sido un sueño, y la realidad con sus miserias sigue siendo la misma, y entonces el protagonista del poema sólo puede decir ya al final: «¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte». Resulta obvio que se refiere a la vida cotidiana con su inevitable carga de dolores y en consecuencia constituye una muerte.

En la densa producción poética de César Vallejo este texto resulta singular tanto por su temática como por su estructura. Es evidente que hay insistencia en la utilización de elementos de irreprochable significación religiosa, sobre todo elementos pertenecientes a la tradición cristiana, lo que lo impele a la elaboración de un texto con reminiscencias de carácter místico, mas el posible misticismo se aniquila con el empleo de vocativo «Señores» que sin lugar a dudas marca al texto con una racionalidad imposible en esas experiencias de entrega como son las místicas. Recuérdese aquellas «Coplas hechas sobre un éxtasis de alta contemplación» del inefable San Juan de la Cruz: «Yo no supe donde entraba, / pero cuando allí me vi, / sin saber dónde me estaba, / grandes cosas entendí; / que me quedé no sabiendo, / toda ciencia trascendiendo».